

Mientras sube el termómetro¹

Señores: la tierra pide agua. Pide más: de aguaceros. Algunas gentes suelen decir con regocijo: –Creo que va–, pero ésta es una ilusión de los paraguas. Parece que el maíz se está perdiendo por falta de agua, así como otros individuos se pierden por sobra de vino. Todavía, sin embargo, hay lo esperanzas de que San Juan baje el dedo. Pero si no lo baja, corren peligro los comerciantes de que se liquiden nuestras cuentas por sí solas.

Sin embargo, a pesar del calor que agobia y postra y casi bestializa, tienen su encanto estas tardes de fuego que tan tarde acaban. Tal vez será porque da mucho gusto ver sol poniente: ¡ya se va!, ¡hasta mañana! Llegamos a la noche. ¡Cinco minutos pasajeros!

El sol, como los grandes trágicos, sabe morir de muchas maneras. Lo he visto caer al Océano... Caer como un enorme escudo de oro arrojado por titán iracundo, desde la cúspide más alta. Lo he visto hundirse en esas mismas ondas con la augusta majestad de un soberano. Expira, a veces, lánguido y despidiéndose de todos poco a poco, como un poeta enamorado y joven. Entonces el cielo es como un lago azul, y son las nubes como encajes blancos y como cendales amarillos que flotan sobre las olas dormidas. En otras tardes muere herido, desangrándose, en revuelto océano tinto en púrpura. A ocasiones se suicida, se echa al mar sin vacilación, en un instante. En otras su agonía es lenta y tranquila. Suele morir contemplando amorosamente a la pálida luna que, vestida de blanco, sube por el cielo, y suele morir también como corrido, como en los montes, para no ver los gigantes negros que, con espadas de relámpagos, trepan rugiendo por Oriente. Son los titanes que van a robar el fuego del cielo; ¡son sus enemigos!

* * *

Pasead a esas horas por la Calzada de la Reforma, si no podéis alejaros más de la ciudad. ¿No habéis observado cómo las ciudades marchan rumbo a Occidente? Porque las ciudades andan, emigran y hasta salen a mudar de aires. Y México, como todas las ciudades, camina hacia el Oeste. Observadlo en París. Ha dos mil años París estaba en la vertiente Noroeste de la montaña de Santa Genoveva, en donde todavía se miran hoy las Termas de Juliano. Y ha ido bajando, siguiendo la misma ruta que el sol sigue en el cielo. Llegó por fin al Bosque de Boulogne y ya se extiende paulatinamente rumbo a Saint Cloud. Y lo mismo han hecho Londres y San Petersburgo, Berlín y

¹ El Duque Job [Manuel Gutiérrez Nájera], “Mientras sube el termómetro”, El Partido Liberal, t. xiii, núm. 2182 (19 de junio de 1892), 1.

Viena, Lieja y Turín, todas las grandes ciudades modernas, así como lo hicieron las antiguas. Si queréis un ejemplo de la antigüedad, ahí está Pompeya.

¿Por qué esta marcha hacia Occidente? De París podría decirse que sigue el curso del Sena, pero el Támesis de Londres sigue precisamente un curso inverso. Más justo parece lo que dice Flammarion: que las ciudades son atraídas por la luz. La vida sigue al astro rey, al que es su padre. Él la ha enseñado a caminar en cierta dirección y ella, obediente, lo acompaña a donde va. Rumbo a Oriente quédense los pobres, los tristes, los esclavos del trabajo, los que no ven más nubes que de las grandes chimeneas. Los ricos, los felices, los desocupados, los favorecidos de la suerte van camino de Occidente. Porque son ricos, tienen títulos de nobleza y pertenecen a la Corte del Rey Sol. Lo van siguiendo. Allá al Poniente están los hermosos paseos, los sitios de recreo. La vida y la civilización caminan como guiadas por el sol.

México parece como irse desprendiendo y alejando del lugar en donde lo dejaron los conquistadores. Va para allá en donde presume, y con justicia, que debió haber sido su asiento. Y rumbo al Poniente la flor parece más hermosa, como vestida de paseo. El agua salta en chorros límpidos, como diciendo al aire, que se muere de calor: ¡Toma, refréscate! La calle es más amplia, significando que es el cauce para un río humano ya más caudaloso. Atrás se quedan los callejones tortuosos, los que se hicieron para los retablos, para los asaltos nocturnos, los que parecen embozados, los construidos adrede para obligar a creer que los faroles de aceite o las mechas alimentadas con grasa, alumbran de verdad. Atrás se quedan esas casas que parecen prisiones, habitadas por enfermedades, las fachadas amarillentas de ictericia, las puertas verdinegras que dan entrada a oscuros pasadizos, las azoteas que todavía están armadas de canales por horror al agua, por horror a la limpieza, o por fingir que tienen carabinas y mosquetes y amenazan con ellos a los indios enemigos. Atrás se queda la accesoria, que parece una tortillera sentada en cuclillas, y la vivienda chaparra de un solo balcón, que parece olla; y allá, por donde el sol pasea en las tardes, las casas, aunque no sean ricas, están bien vestidas de percal y muselina, pero de muselinas y percales que respiran frescura. A sus azoteas sube el agua, para bajar, presa en angostos tubos, a la tina del baño. En sus vidrieras hay persianas y en los barandales de sus balcones hay campánulas. El árbol que cuando llega a viejo es viejo verde, se aproxima a esas muchachas, las corteja, y no piensa en buscar a las solteronas gordas y cacarizas del Oriente. La luz se despide más tarde de esas salas en donde prolonga su visita porque está muy a gusto y... ¡Para allá va la civilización, para allá va la luz, para allá va la vida!

¡Cómo brotan casas en esas calzadas! ¡Cómo va dejando la ciudad a los pobres!, parecida a la dama elegante que percibe un olor y recoge su falda de seda y sale aprisa de la iglesia. La lechuga vive en La Merced, la flor en San Cosme. Lo que en los barrios del Oriente es canasta, es cesto en

los del Poniente. Pronto, sin duda, México se unirá a Tacubaya, que lo espera como una novia espera al novio, con prendido de flores y con una rosa en el corpiño. Id a disfrutar de estas hermosas puestas de sol en la Reforma, o id de mañana, cuando el calor no habla aún en voz alta. En la mañana los alemanes, los franceses, los yanquis son los que más frecuentan la Calzada. Allá va el comerciante en su caballo, haciendo provisión de oxígeno para no asfixiarse en la oscuridad del almacén. Allá va el diplomático en su faetón o en su buggy de ruedas coloradas. Allá va la amazona, con su largo vestido negro o gris y su lazo de seda azul en el sombrero... El noble perro de casa rica, con su collar y su cadena de luciente acero... Las que vuelven de la alberca, frescas, risueñas, con el pelo suelto... La miss recién llegada, con su enorme ramo de botones de rosa sobre el pecho... Un viejo inglés leyendo en una banca su periódico... Y en medio de la Calzada, el carro que lleva un gran barril acostado porque se bebió a sí mismo y está ebrio, dando un baño de regadera a la reseca tierra.

Por las tardes, esa pequeña faja trazada por el Café de Zepeda parece como desprendida de parisiense bulevar. Los últimos rayos del sol, como tomando las últimas copas para irse a dormir de buen humor, se disputan los vasos y pagan, convirtiendo en topacio la cerveza, en oro el coñac, el absintio en esmeralda y la grosella, la más inocente de las bebidas, en rubor. Y en los landós, en las duquesas y victorias, pasa la hermosura envuelta en polvo de oro... Hasta que el globo rojo del sol queda enredado entre las ramas de los ahuehuetes, y las pupilas se apagan y los focos de luz eléctrica se encienden.

El Duque Job